

A la puerta.

En las altas horas de la noche, cuando camino hacia mi casa y doy vuelta á la esquina que recoda mi calle, tropiezo con un rebujo humano, que hace lecho y hospedería del quicio de una puerta y del escalón que á la puerta se adosa.

Es el rebujo una chicuela que tira para moza—en los doce años frisará—y que debe andar huérfana de padres y de amparo por estas calles de Madrid.

Su cara se oculta entre el ángulo del brazo izquierdo y los pliegues de un harapo que fué pañuelo; por los rotos del harapo salen mechaz de pelo rubio, donde hacen joyería los reflejos del próximo farol. El brazo derecho se remete en los huecos de un mantoncillo. Menos venturosas las piernas, muéstranse al desnudo por los remates de una falda que se deshilacha contra la carne tiritona y anémica.

Ese encogimiento espiritual de hombros que en nosotros provocan las ajenas desdichas, parte por egoísmo, parte por la certeza de no poderlas remediar, se realiza en mí siempre que

contemplo á la criatura ovillada sobre el escalón de la puerta.

«¿Para qué—me digo—aliviar hoy este desamparo, que ha de seguir mañana? Y si fuera éste solo, aún, aún. ¡Hay tantos como él!... ¿Despertarla?... ¿A qué objeto? Tal vez sueña con felicidades que mis manos despertadoras no podrían brindarle. ¿Fuera crueldad en mí hacer que la niña cambiara un sueño de oro por una moneda de cobre? Crueldad fuera. Dejémosla dormir.»

Y sigo mi viaje en la noche, por la calle sin luz ni gente, mientras la niña aguarda el suyo que será á pleno sol, por las calles llenas de hombres y vacías de humanidad.

Así es un día, y otro y otro. Siempre hago un alto en la abandonada; siempre mis manos salen de los bolsillos en ademán de despertarla; siempre vuelven á entrar en ellos: «¿Para qué?»—murmuro—; y echo, despacio, calle arriba, en busca de mi puerta, que se abre y me suena á tapa de ataúd al cerrarse tras mí de golpe.

Ayer fué más tardío el peregrinaje á mi vivienda. Anduve entre la niebla, entregado á sus caricias de fantasma. Ella resbalaba al largo de mi cuerpo, cosquilleándome la piel del rostro, envolviendo mis manos en sus guantes húmedos, metiendo su hielo por mis poros, mezclándose á mi sangre, retardándola en su

camino hacia mi corazón, para que éste latiera despacio, muy despacio, cada vez más despacio...

Si las amadas muertas, de que los poetas nos hablan, saliesen de sus tumbas para entregarse al amante vivo, así se entregarían á él: en abrazos viscosos, en fríos espasmos, en besos faltos de calor y de ruido. Así pasa con el recuerdo de las amantes que, enterradas por nosotros y para nosotros, siguen andando por la tierra.

El alba vino á sacarme de aquel ensoñar á ojos abiertos. Restregué mis párpados, donde la niebla cuajaba lagrimones; sacudí, para desentumecerlas, mis manos, y entré por mi calle taconeando fuerte. Al aproximarme al dormitorio de la abandonada, contuve los pasos; casi de puntillas anduve. No era razón despertar á la chica.

Por vez primera hallé el dormitorio desierto. Sin duda, el sol arrojó á la criatura humana de su nido. Igual hace con los pájaros. Sólo que los pájaros salen del nido con las alas abiertas y el canto entre las aristas del pico. La criatura humana saldría del suyo con la boca contraída y las manos tendidas para recoger, de limosna, el sustento que los pájaros, por derecho natural, cogen donde quieren.

Todavía andaba inmediata á la puerta. Hallábase junto á la fuente haciendo de sus ma-

nos esponja para la cara blanca, de sus dedos peine para los áureos cabellos, de la taza de la fuente bañera para sus piernas y sus pies.

Nunca la vi tan á las claras. Bonita era. Seríalo más, de mujer hecha, cuando el cuerpo, concluído de dibujar, pudiera enorgullecerse y adelantarse retador, con el apoyo de los azules y grandes ojos, de la boca de entreabiertos y gruesos labios, donde caracoleaba hecha bostezo la nieve de los dientes.

Dió un último golpe de mano al cabello; anudó su pañuelo á la garganta; afirmó en el fango del arroyo sus pies y, con los azules ojos en tierra, con la boca desplegada en sonrisa mendicadora, con la mano derecha dirigida maquinalmente hacia delante, echó á andar calle abajo, consagrada por un rayo de sol que se hacía círculo en su cabeza.

¿Dónde iba?... Ahora á pedir limosna. Más tarde, cuando los doce años fueran quince, á ganar el sustento, que los pájaros picotean gratis, como lo ganan las mujeres bonitas, cuando miseria, ignorancia y orfandad, las empujan en su camino por el mundo.

Debieron pasar horas, porque, súbito, me sacaron de mi abstracción ocho campanadas remotas y un griterío próximo de voces infantiles.

Más de treinta niñas se agrupaban, chillan-

do y riendo, frente á la puerta que sirve á «la abandonada» de lecho.

Sobre aquella puerta se leía esta inscripción, que la noche y mis distracciones me impidieron hasta entonces leer:

Escuela de niñas.

Estaba de par en par abierta, brindando á las chiquillas de ahora instrucción, alegría, salud, rayos de sol.

Para la de antes, cerrada estaba, brindándole tristeza, frío, soledad, sombras, rayos de luna á veces...

A cada flor su luz.

Un vástago del Cid,

Fué en el interior de la Cárcel Modelo : entre dos varillas del inmenso abanico de piedra ; en aquel *in pace* de arquitectura rígida, de frías y pálidas entonaciones, donde hasta el sol, cuando se desliza sobre los muros, tiene livideces de cautivo.

Allí fué, al mediar la tarde, frente á dos hileras de celdas, con puertas recortadas en forma de nicho, entre el piar alegre de pájaros que entran y salen libremente por los enrejados de la techumbre, tal vez al objeto de entretener con sus cantares la tristeza de los hombres que perdieron su libertad.

Allí aparecióseme la caballeresca visión. A cortesanía amistosa de Millán Astray debo el hallazgo.

Juntamente con él y con Casas, el pintor ilustre, había paseado de un extremo á otro aquel cementerio de vivos. El pintor estudiaba los melancólicos efectos que producía sobre los muros y herrajes la prisionera luz, y apuntaba en su memoria facciones y líneas de los hom-

bres que pasaban ante nosotros silenciosamente con el traje pardo y el mirar receloso, y de los hombres que aparecían y desaparecían súbitos, como por tramoya, al cerrar y abrir de las celdas.

Yo miraba también, aspirando con la imaginación todas las emanaciones del subhumano estercolero y pensando que con un poco más de justicia y un poco menos de abandono podría encontrarse mucho bueno y útil entre la arrumbada basura.

—Ya han visto ustedes los hombres—nos dijo Millán—; faltan los niños. Esperen un poco.

Hizo seña á uno de los ordenanzas penados; subió éste con agilidad de mono la escalera de hierro que conduce á las galarías superiores, y á poco descendió con igual rapidez, seguido por un grupo de muchachos.

No bajaban ellos retozones, alegres, con la inocencia en los ojos y la risa en los labios, con las corvas prevenidas al brinco y la boca al cantar. Bajaban huraños, silenciosos, con los párpados caídos y los labios repretados por una gravedad hipócrita. Mientras los pájaros, sus compañeros naturales, entraban y salían, revoloteando y piando por entre los barrotes, ellos, los niños, se alineaban junto á nosotros recto el cuerpo, pegadas las manos á los muslos, juntos los pies sobre las baldosas.

Fué una dolorosa revista. Criminales de diez, de catorce años á lo sumo, ofrecíanse á nuestros ojos como retoños de bandido, que, bien abonados por la herencia y el medio, por la degeneración física y moral, iban á ser mejor abonados aún, para su completo y horrible desarrollo, por el desamparo, por la ineducación y por la miseria.

Con voz temblorosa, y no de vergüenza, de miedo, nos refirieron el historial de sus hazañas: raterías, hurtos insignificantes tan sólo: eran niños, ya se harían mayores para dar de mano á tan despreciables empresas; por el pronto y prestando crédito á sus personales referencias, resultaban aprovechadísimos aprendices; los futuros maestros revelábanse en el rufianesco chispear de sus ojos, en los brutales mohines de sus labios, en la serenidad casi orgullosa con que referían sus proezas. Su estatura era de muchachos, su gesto de facinerosos. Uno de éstos, Barrabás, creo que se llamaba Barrabás, ha sido procesado veintitrés veces, fuma puro y tiene querida. Bien es cierto que tiene catorce años.

Entre las criaturas que forman el tristísimo grupo, entre los retoños de presidiario que formaban briosamente en los patios de la Cárcel Modelo, vi uno que diferenciaba de los otros por manera cabal.

Ni había en su mirar desvergüenza, ni en

su gesto cinismo; no estaba su rostro, como los de sus compañeros, envejecido prematuramente, afilado por el disimulo perpetuo y el vicio precoz. Todavía era niño; todavía redondeaban su carilla morena las líneas suaves y puras de la muchachez; no inspiraba su imagen ni asco ni tristeza; al contrario, desprendíase de ella algo que era á un tiempo inocencia y salud; la misma cárcel no pudo empalidecerle del todo; sus mejillas carnosas conservaban esas entonaciones color carmín, con las cuales embellecen su cutis los niños que juegan al sol.

—¿Por qué estás tú?—le preguntó Millán—.
¿Por ratero?

—No, señor. Yo estoy... Estoy porque he matado á mi padrastro.

Casas y yo dimos un paso atrás. ¿Cómo? ¡Era posible!... ¿Aquella criatura de doce años había dado muerte violenta á un hombre?

Sí. El nos lo refirió. Nos lo refirió sencillamente, con trágica y hermosa sencillez; con detalles que iban irguiendo su figura á medida que avanzaba el curso del relato, balbuceado por sus labios trémulos y ratificado enérgicamente por el mirar de sus ojos oscuros que despedían lumbre.

—Era malo, señor—murmuraba el niño—, muy malo. Aquel hombre pegaba á nuestra madre, siempre, por cualquier cosa; la pegaba

sin compasión, como si nuestra madre fuera un perro.

¡Un hombre muy malo! A nosotros nos pegaba también, y si mi madre quería defendernos, entonces, ya no era con el puño, era con un palo, con un hierro, con lo primero que encontraba.

Nosotros... ¡qué íbamos á hacer nosotros! ¿No es verdad, usted? Callarnos; lo que hacíamos. Callarnos; pero, vamos, yo, aunque me callaba no podía aguantar aquello; cada día menos, señor. Al fin mi madre era mi madre, y él... pues él era malo con mi madre.

Una noche entré en mi casa. Mi padrastro estaba pegando á mi madre; la pegaba muy fuerte, cada vez más fuerte. No contento con pegarla á mano, empezó á darla puntapiés, y luego la cogió por el pelo y la tiró en tierra, y la arrastró y la pateó... y mi pobre madre gritaba: «¡Hijo, hijo!»... y no sé cómo fué, ni cómo el arma se me vino á los dedos. Lo que sé es que me fuí para el hombre y alcé el brazo y lo dejé caer y seguí dando, dando, hasta que el hombre cayó hecho un mar de sangre, y mi pobre madre se levantó gritando y abrazándome como una loca. Ahí tiene usted lo que hice.»

La figura del chicuelo, del niño de doce años, había crecido á nuestros ojos. No era ya un niño, era un hombre, un vengador fiero

de su madre, injustamente golpeada, que salía á su defensa, sin mirar la altura ni la fiereza de su adversario; sin temor, sin compasión, pronto á matar y pronto á ser muerto, para que nadie maltratase á su paridora.

Era la cría humana, el cachorro, que hundió garras y dientes en la carne de quien hiere á la hembra que le amamantó; era algo hermoso y grande, encomendando la justicia á la violencia: convirtiéndose en juez y en verdugo del macho que, no satisfecho con ocupar el sitio del padre muerto, maltrataba á la madre viva. Eso era el niño de doce años que estaba enfrente de nosotros.

Yo, mirándolo, evocaba en su figurilla, menuda y pálida, vestida con una blusa y unos pantalones azules, calzada con el solo calzado de su piel y embravecida por el brillar fiero de sus ojos y el temblar nervioso de sus manos, otra figura legendaria, vestida de hierro, calzada la mano por el guantelete, la cabeza por el casco y por la espuela el pie; otra figura de hijo que, espada al cinto y lanza al brazo, fué en busca de quien ofendiera á su padre viejo, y, luego de matarle, segó su cabeza de raíz y la arrojó á las plantas del anciano ofendido.

Esa figura evocaba yo frente á la figura del chicuelo; en una misma imagen se fundían á mis ojos el Cid de la leyenda y el Cid de la cárcel.

Y mientras la figura del Cid legendario desaparecía poco á poco en el espacio iluminada por el sol de la inmortalidad, la figura del niño fué desapareciendo, poco á poco también, iluminada por un sol que se deslizaba sobre los muros con palideces de cautivo.

Adán y Eva.

Estoy de inquilino en los Viveros. Por ellos ando esquivo, apartándome de la gente, sumergiéndome en olas de verdura.

Música de trinos me brindan los ruiseñores y jilgueros; perfumes los recién abiertos capullos; sombra las copas de los árboles. El Manzanares corre por delante de mí. Sus ondas van y van unas en pos de otras. Van y van murmurando misterios, persiguiéndose de continuo, sin alcanzarse nunca.

Al ras de las ondas hay una casita de albos muros. Ella acoge mi cuerpo cuando éste solicita descanso. Junto á su puerta se alza un banco de piedra. En él tomo asiento; quedo inmóvil y las horas pasan y mis ideas van y van... Hermanas son en monotonía y lentitud de las ondas del Manzanares.

Los arbustos ribereños refrescan en el agua las curvadas puntas del ramaje; la hierba es tapiz; ligeras espumas bordan arabescos sobre las rompientes del cauce. El absorbe los vapores del río y llega á mis labios con humedades de caricia.

Caprichos de artista—vaya por los caprichos—me sujetan á este solitario vivir; quizá, por obra suya, se dibuja con firmes líneas dentro de mi cráneo, la solución de un drama que ha tiempo planeé y nunca me atrevo á concluir. ¡Es tan difícil, con esta clase de labores, dejando contentos á los otros, quedar contento de uno mismo!

En estas soledades vivo; por ellas ando con mis imaginaciones á cuestras. El rumor de las alegrías que en las mesas del *restaurant*, puesto al aire libre, buscan esparcimiento, viene á mis oídos sordo, opaco, brusco...

Algunas veces aquellas alegrías franquean la valla divisoria é invaden los interiores del Vivero.

Son familias que meriendan bajo los árboles; amantes parejas que se pierden en los bosquecillos; niños que hacen con sus figuras angélicas y con sus aflautadas voces competencia á flores y pájaros.

Siguiendo una callejuela de rosales, doy en las márgenes del río y me dejo caer sobre la hierba.

Mis ojos se entornan. Quiero ver como en sueño la real belleza del paisaje.

El día es caluroso. La hora meridiana invita á dormir. Las aves pían de raro en raro. Más que cantar, bostezan dentro de sus nidos; las aguas corren mansas; el aire, tardo é indo-

lente, sacude con lasciva pereza árboles y matojos. Sobre el cielo sin nubes bermejea el sol. La semilla que desprenden los chopos llena el espacio de pelusillas blancas.

Parecen estas pelusillas, cayendo sobre la tierra con silenciosa lentitud, como minúsculos copos de nieve.

La ilusión es completa y es raro y poético efecto este caer de la nieve blanca entre los azules del cielo y los oros del sol.

¡Nevar con sol!... Yo he visto ese espectáculo. Lo he visto, no fuera de mí, dentro de mí. Ahora, el caer de la semilla de los chopos me lo finge en la Naturaleza, y mientras el sol tuesta mi carne, la nieve de los chopos va tejiendo sobre mi persona un sudario.

La callejuela de rosales forma un recodo sobre el río, y ocultándome á la margen frontera me la deja ver sin ser visto, como si estuviese detrás de una persiana.

Las tapias de la Casa de Campo cortan por allí el poniente; el sol cae á plomo en la pradera verde. Al centro de ella se yergue un gigantesco chopo. Sus ramas, desbordantes de hojas, son dosel. Un ancho círculo de sombra se dibuja encima del suelo. La sombra resbala por la orilla del Manzanares y se hunde en su cristal.

Arbol simbólico del judaico Paraíso es el cho-

po, gracias á una pareja que á la sombra de sus ramas dormita.

Adán y Eva son ellos en aquel paraíso, improvisado sobre el Manzanares por su amor.

Juntos, muy juntos, tendidos á lo largo en la hierba, deja ella descansar su cabeza de morenas entonaciones en un brazo de él; él la mira con acariciadores ojos. La cabellera de la mujer se le ha soltado por la espalda como un manto real. El viento hace de aquel manto juguete y lo pasea en hebras finísimas por el rostro del hombre. Este ríe á cada cosquilleo y aparta los cabellos retozadores con temblona mano. Ella ríe también. La risa no se oye, se ve en el pliegue rojo de sus labios, en el marfileño blanquear de sus dientes.

Solos están, solos creen estar, al menos, porque á nadie ven; solos están el Adán de gorra y blusa, la Eva de percaleño traje y zapatos de cuero gris.

Solos están, bajo la sombra del chopo, con los restos del yantar esparcidos sobre la hierba. El fuego del sol, cernido por las hojas y el canto nupcial de las aves, de árbol en árbol transmitido, acompaña su soledad. Solos están; las mariposas se enamoran entre los tallos; el río murmura misterios al viaje suave de sus ondas.

Ignoro si en el chopo anidan serpientes tentadoras. Lo que sí afirmo es que ella y él, la

mujer y el hombre, la Eva y el Adán de ocasión, están inmóviles, atentos, como si escuchasen una voz que hablara desde lo alto.

¿Qué dice aquella voz? La mujer sonríe; el hombre la mira y murmura algo quedo, muy quedo... Ella entorna los ojos, y echándose sobre el rostro la cabellera regia, se envuelve en ella como en rico manto nupcial.

El brazo de Adán se dobla en círculo sobre la nuca de Eva; la cabeza de Eva se levanta buscando la del hombre, y un beso vibra en el espacio.

—¡Eh!... ¡Eh!... ¡Que hay gente!... ¡Vaya con los amigos!—gritan á esto seis ú ocho voces.

Es gente honrada que merienda en los Viveros, á la orilla del río. Oculta por los arbustos ribereños, ha visto sin ser vista. Todos se levantan frente á Eva y Adán; todos protestan del incipiente pecado original en nombre del pudor.

¡El pudor!

Respetable es. Observo á sus evocadores y noto que los hombres miran á la pareja edénica con ojos relucientes. Las mujeres ocultan la cara con las manos; pero no juntan bien los dedos.

La pareja huye. El pudor se ha salvado.

Yo pienso que el ángel exterminador del

judaico Paraíso debió ocultarse envidioso de Adán y Eva, y miro otra vez á los ángeles exterminadores del Vivero, y torno á pensar que el Diccionario de la Lengua es un gran almacén de disfraces.

A mí, no.

La despedida del Carnaval, iluminada por un sol espléndido que aceraba con la potencia de su lumbre el azul del espacio, comienza á desvanecerse en mi memoria. Todas sus imágenes se fueron difuminando sobre las incertidumbres luminosas del crepúsculo, como las sombras van perdiéndose poco á poco entre las negruras de la noche. Apenas quedan en mí ya de la fiesta dos sensaciones vivas: una es eco de risas en tumulto; otra olor penetrante de flores deshojadas á taconazos.

Lo demás se esfuma en el interior de mi cerebro. El trajín de la muchedumbre, envuelta por una nube color de oro; el ir y venir de carruajes, asaltados por máscaras embromadoras y por comparsistas pedigüeños; el tiroteo de serpentinas mantenido entre vehículos y tribunas; la lluvia de *confetti* que convertía la atmósfera en inacabable arco iris; el caderío de las mujeres, transformadas por los papelillos multicolores en paletas vivas donde los labios del varón hubieran hecho gustosamente

oficios de pincel; el son de las músicas, el desfile de las carrozas, el piafar de los caballos, el bocinar de los automóviles, el griterío de los enmascarados, el júbilo de los mozalbetes, el vaho de pagana sensualidad que, despresidiéndose de criaturas y de cosas, era algo así como el perfume de la fiesta, todo muere poco á poco en mi imaginación.

Nada queda en ella de esa fiesta, como nada queda tampoco en las calles. Borróla el sol primero con sus rayos calientes, empabellonándola de azul; envolvióla más tarde con nieblas violáceas que desdibujaron las imágenes, devolviéndoles en poesía lo que les quitaba en firmeza; hízose luego el violeta gris y el desfile mancha confusa; al ocultarse el astro lo cubrió todo con una oleada de púrpura y á seguida todo fué negro. De vez en cuando el resplandor de una luz de bengala dejaba entrever, en aquellas negruras, la agonía del Carnaval.

Nada resta de él en las calles; nada tampoco en mi memoria.

No; he dicho mal, queda algo; queda un recuerdo claro, una imagen de líneas acusadas y firmes que se pone enfrente de mí para darme con sus ojos tristes el último adiós de la fiesta.

Fué allá, en el centro de la Castellana, en el andén del hermoso paseo.

La gente iba y venía, arrojándose puñados

de *confetti* á la cara; era una lluvia de colores que saltaba por todas partes á la vez, de arriba, de abajo, de la izquierda, de la derecha, para golpear contra los cabellos de las mujeres, para enredarse en los bigotes de los hombres, para esparcirse como rayos de luz descompuestos, sobre los rostros de los niños.

De todas las manos salía aquella lluvia artificial; de unas cabezas á otras iban sus arlequinescas salpicaduras; entre risas y chillidos y exclamaciones empañábase el regocijado combate, y los chiquillos saltaban de un lado á otro, fogueándose con furia, sin concierto, sin orden, como guerrilleros no sujetos á disciplina y obediencia.

No había infante libre del chubasco; las sueltas cabelleras de las chiquillas goteaban lentejuelas azules, amarillas, violetas, rojas, carmesí; las gorras de los chicos eran un mosaico de colores, y los muchachos reían como locos, y las madres de los muchachos reían como madres que escuchan reír á sus hijos.

Delante de mí caminaba una criatura; era niña también y también con madre como los otros niños; sólo que esta madre no reía. En su cara pálida sollozaban con precoces arrugas todos los sufrimientos; en los temblores de su cuerpo todos los abandonos; en los jirones de su traje todas las miserias.

La niña era fea, muy fea; desigualada de

hombros, cetrina de cutis, torcida de pies y miserable de vestido; tampoco reía; no habla en ella nada que riese, excepción hecha de las botas.

Iba delante de su madre, caminando con lentitud, con pereza de criatura anémica y mal alimentada; iba mirando á todas partes; iba abriendo mucho los ojos como si esperase algo que no acababa de venir.

Así siguió andando, mientras los otros niños jugaban y se *confettiaban* en derredor suyo.

Así siguió andando, mientras las otras niñas jugaban y reían y combatían, haciendo de los *confettis* proyectiles. Así continuó andando más de un cuarto de hora, silenciosa, abstraída, con andar perezoso de niña anémica, con los brazos caídos sobre los muslos y los ojos de par en par abiertos.

De pronto sus párpados se entornaron muy despacito, tal que si bajasen á las mejillas una lágrima; su cabeza se volvió hacia la madre y sus labios se abrieron para dar salida á estas palabras: «Madre, á mí no me tiran *confettis*.»

Codo con codo.